

Jorge Enrique Adoum

Cuaderno de El Turco



PRÓLOGO

A propósito de la poesía
de Jorge Enrique Adoum

JAIME LABASTIDA

[Fragmento del prólogo al libro *Claudicación intermitente*,
La Cabra Ediciones, 2008]

¿Debo decir que Jorge Enrique Adoum es uno de los más grandes poetas de la América Nuestra? Pero, si dijera lo anterior, ¿no debería decir, mejor aún, que su poesía es una de las más importantes de la lengua española contemporánea? Si me atreviera a decir lo que ya dije, ¿no debería levantar, de inmediato, otra pregunta? ¿Por qué la crítica no ha colocado la poesía de Adoum entre las de otros poetas decisivos de la lengua española? ¿Por qué su poesía no se sitúa junto a las de Pablo Neruda y César Vallejo, Octavio Paz y Eliseo Diego, Vicente Aleixandre y Carlos Pellicer, Jorge Guillén y Federico García Lorca, Miguel Hernández o José Gorostiza? Hablo de los grandes árboles porque, ya se sabe, los grandes árboles ocultan el bosque e impiden ver otros árboles, de figura distinta y frutos diferentes.

Y hablo de la poesía en lengua española porque, según entiendo, por encima de las diferencias dialectales entre los países situados a uno y otro lado del Atlántico, la lengua española se desarrolla y conserva su unidad. La poesía española, pese a sus diferencias, es una sola por lo que toca a construcción, leyes, ritmo, problemas, desde la península ibérica hasta la Cordillera de los Andes; desde la Patagonia hasta el Río Bravo y más allá; desde las costas hasta las cumbres.

Jorge Enrique Adoum

RAFAEL CORREA DELGADO

Presidente Constitucional de la República del Ecuador

La desaparición física de Jorge Enrique Adoum enluta a nuestro pueblo, a América Latina, a la poesía y a la literatura de dos siglos, de los que fue partícipe, cómplice y testigo.

Junto al gran poeta de *Ecuador amargo* y *Los cuadernos de la tierra*, al versificador de aquel fragmento de *Vasija de barro*, del novelista de *Entre Marx y una mujer desnuda*, al ensayista y dramaturgo, convivió, de manera leal, el pensador y político de izquierda, sin claudicar ante los poderes omnímodos, ante las tentaciones del dinero o la seducción voraz de lo que su amigo Mario Benedetti llamó “la industria del arrepentimiento”. Sí, porque tras los fracasos socialistas de los ochenta, muchos se fueron con su música a otra parte, se fueron con sus palabras y su autismo, con su desencanto y su silencio. Por fortuna, Jorge Enrique, como otros nobles escritores de Nuestra América, mantuvieron incólume su dignidad y su ilusión, haciendo honor a la heredad y la posta entregada por Pablo Neruda.

Se va Jorge Enrique en medio de este tiempo grave y, al mismo tiempo, de tanta esperanza. Sólo podemos decirle que este Ecuador de hoy no es el Ecuador amargo de ayer; por eso luchamos, día a día, para erradicar la pobreza y el analfabetismo, la desnutrición y, en especial, esa lacra universal llamada injusticia.

Las letras pierden a un mago y a un profeta que hizo de la palabra una ética de vida y una estética de combate; el cielo de los poetas recibe a un

ilustre caballero ambateño, ecuatoriano y universal, que tantos lustros atrás había escrito:

Preguntan de donde soy y no sé qué responder
de tanto no tener nada, no tengo de dónde ser

Quizá hoy, con el sacrificio de todos los ciudadanos y ciudadanas de la patria que luchan por la transformación, en este proceso de profundización de nuestra Revolución Ciudadana, Bolivariana y Alfarista, tenemos el coraje y el valor de responder a esa sentencia poética de Jorge Enrique y decir, sin su sonoridad y su talento, pero con enorme dignidad, que venimos del viento, de la historia, del silencio, y vamos a la justicia, a la dignidad y a la soberanía. Quizá con ello paguemos una deuda moral con la historia y con hombres del tamaño de Jorge Enrique Adoum, a quien ni enterramos ni despedimos, sino a quien consagramos, desde hoy, en la galería de forjadores de este nuevo tiempo, que es el tiempo de vivir, de crear, de soñar.

Como diría Juan Ramón Jiménez, aquí está reunida la “inmensa minoría” que ha venido a rendir tributo a la vida y a la obra de Adoum. Más temprano que tarde será el Ecuador entero el que reconozca en Jorge Enrique al hacedor y malabarista de las palabras que jamás se traicionó y que, por lo tanto, jamás fue desleal con los sueños de esta Patria que será, sin duda, un territorio de paz, de justicia, un territorio libre de América que —parafraseando a Jorge Enrique— se irá con su propio nombre por la tierra, para vocear las palabras que siempre enalteció el poeta: la libertad, el Ecuador, el socialismo.

Su polvo enamorado yacerá, desde ahora, en la tierra fértil de Quito, junto a su amigo Oswaldo Guayasamín, quizá para hacer un lienzo poético de la amistad y la solidaridad.

Ahora decimos a Jorge Enrique Adoum, con sus propias palabras:

Querido amigo, en esta nueva Patria que construimos, no habrá olvidado y el amor siempre será desenterrado.



Fotografía: Cristóbal Corral

El desenterrado

Escapa por tu vida: no mires tras de ti.

GÉNESIS, XIX, 17

Si dijeras, si preguntaras de dónde viene, quién es, en dónde vive, no podría hablar sino de muertos, de substancias hace tiempo descompuestas y de las que sólo quedan los retratos; si preguntas de nuevo, diría que transcurre el cuarto al fondo de la casa, que conserva destruyendo labios como látigos, rostros, restos de útiles inútiles y de parientes transitorios en su soltera soledad.

Pero ¿quién puede todavía señalar el lugar del nacimiento, quién en la encrucijada de los aposentos, halla la puerta por donde equivocó el camino?

Detrás de su ciega cerradura, el hombre y su mujer ajena, que la tarde devuelve puntualmente, suelen engañarse con amantes abandonados o difuntos, desvestirse a oscuras, cerrar los ojos, primero las ventanas, y con la voz y con las manos bajas, incitarse a dormir porque hace frío. Pero un día despiertan

para siempre desnudos, descubren la edad
del triste territorio conyugal, y se toleran
por última vez, por la definitiva, perdonándose
de espaldas su muda confesión de tiempo compartido.

Y a través de caderas sucesivas, volcadas
como generaciones de campanas, el seco río
de costumbres y ceniza continúa, arrastra
flores falsas, recuerdos, lágrimas usadas
como medallas, y en cualquier hijo recomienza
su antepasado cementerio.

Y es duro apacentar
el alma, y es preciso salvarla de la tenaz
familia: apártala de tu golpeado horario
y sus descuentos, defiéndela renunciando
a las uñas que ya nada pueden defender,
ayúdame arrancando las difíciles pestañas
que al sueño estorban, las ropas, las
palabras que establecen la identidad
desenterrada.

Porque desnudo y de nuevo
sin historia vengo: saludo, grito, golpeo
con el corazón exacto la vivienda
del residente, quiero tocar sus manos
convertidas en raíz de mujer y de tierra, y otra vez
pregunto si estuve aquí desde antes,
cuándo salí para volver amando este retorno,
si he llegado ya, si he destruido

el antiguo patrimonio de miedo y abalorios
por donde dios se abrió paso a puñetazos,
si cuanto tuve y defendía ha muerto
de su propio ruido, de su propia espada,
para sobre la herencia del salvaje tiempo
y sus secretos, para sobre sus huesos
definitivamente terrestres y quebrados,
sobre la sangre noche a noche vertida
en la ventana rota, en los telares,
recién nacer o seguir resucitando.

Coinciobediencia

en mi ignorancia ciclopédica más aún matemática
acabo de aprender que un grupo puede ser uno
o sea que no estoy tan solo como creía
que me hago compañía sin saberlo
pero mis otros yo me aburren tanto
que siempre vale más estar solo
que mal acompañado
y así volvemos otra vez a fojas uno
y de paso no violo las disposiciones
del estado de sitio en que vivimos

Pasadología

a contrapelo a contramano
contra la corriente
a contralluvia
a contracorazón y contraolvido
a contragolpe de lo sido
sobreviviendo a contracónyuge
a contradestino y contra los gobiernos
que son todo lo absurdo del destino
a contralucidez y contralógica
a contrageografía (porque era
contra pasaportes dictadores continentes
y contra la costumbre
que es más peor* que nuestros dictadores)
contra tú y tus tengo miedo
contra yo y mi certeza al revés
contra nosotros mismos
o sea contratado

y todo para qué

** Porque los dictadores ya eran lo peor
y porque así se dice en mi país y no me excuso.*

[Todas las notas son del autor. N. del E.].

Sunday bloody Sunday

vallejo sabe que también es bocón el sepulcro del domingo
lagartamente tragón de lo que entonces es nosotros
el resto de monigote zarandeado entre semana
el sueño con que nos postergamos o nos disminuimos
esta desactividad de postvivo acostumbrado
a los quién sabe los cómo los qué pena

el mundo es desde hace años un domingo de tarde
la estación de donde cada vez regresas a lo que eres
los aeropuertos donde se me-nos acaban los que quedan
donde dios está en todas partes puro eco
de ese bisílabo que me duele adentrísimo

(domingamente bocabajo bajo qué boca
te le estarás muriendo a alguien despacito)

menos mal que desde el lunes se piensa en otra cosa

Sastrería

¿Y si mañana
me diera la gana de vivir, inventando
un pretexto: la ropa respetable
en donde no me busquen, o el chaleco
adecuado?

Os defraudaría, Buitres
dubitativos, Alguaciles natos, Espías
prestamistas: flacos agentes de funeraria
sin ascenso por quedar vivos, sin prima
por resistir. Lástima de las agarraderas
listas para las axilas, lástima de la viuda
desperdiciada, que antes de borrar me y cuenta
nueva, regresará a llorar el mismo asunto,
lástima del terciopelo invitado a la tierra.
Pero sé que me queda grande, no importa
la urgencia que a veces tenga de su capa,
sé que debo vivir de tal manera, tan combate,
que después de caer me quede chica.

Qué más hacer, mal operario. Será otra vez.
Cuando nada equivoque las medidas.

y/o

aquí en la que fue antes-sala y después cuarto menguante
(lo iban invadiendo tantas cosas que creía

in { dispensables
sustituibles
finitamente
útiles) y resultaron ser apenas

aprovecho este día feriado para poder enfermarme
sin que me descuenten este ensayo horizontal de la muerte
por eso es imposible no pensar en sí mismo
y capisco de golpe que el yo que creí haber sido no ha sido sino y/o
así partido en uno (unidad semántica pese a todo)
por ese tajo de mar de olvido de tiempo de egoísmo
porque de pronto está esa señora que rehace a crochet su vida y/o
la adolescentraste que recuerda en sentido contrario a la marcha del
tren y/o
el que no sabe si lo matarán mañana pero aguanta hoy y/o
¿él y/o? ¿ella y/o? no nosotros sino losotros y/o
(losotros ¿serán siempre los otros y nosotros solamente ellos y/o)
tras haber sido duramente gorkiado gravemente mahlerido
fruto másduro de mi tiempo a mi ataúd atado
antidotado contra la resignación de no haber sino una o
una sola pobre gorda horrible o aislada como toda gorda
de no haber podido saltar la barrera de la barra ese torrente oblicuo

y ser las dos partes aun cuando fuera malamente unidas
y cuando al fin creo que van a juntarse las dos letras como bocas
de amantes que hacen un viaje o se reconcilian
en mi cuarto creciente (he ido perdiendo tantas cosas
que en una de éstas me habrán sacado ya sin darse cuenta
dentro de un pantalón o una camisa) me quedo
me llega una carta de alguien de-qué-importa-quién quienquiera
me dice que torturan a su hijo que su mujer ha muerto
 sudamericanamente
y seguimos siendo los que sufren de veras y/o
esa sangre que no se agota gota a gota y/o
con la torpe sensación de ya no ser siquiera
ese y/o que fui hasta ahora sin poder ser enteramente yo

Week-end del egoísta

al día siguiente del siguiente día
del traspasadomañana de pasadomañana
(después de haber buscado muchamente los efectos personales
que como su nombre lo indica se los llevaron
de mi domicilio personal que como es obvio
fue allanado por los agentes del orden
porque atentan contra el orden [los agentes no los pobres efectos]
aunque es cierto que estaban en desorden [los efectos no los agentes]
—fotos amarillecidas de personas que sólo yo sé
direcciones donde nadie vive hace tiempo
desde que se murieron de exilio canallada soldado o matrimonio
cartas que jamás entenderán por qué este amor
es peor que el otro amor cifrado a fondo
libros leídos desleídos releídos ileídos
cintas peligrosas porque diz que son magnéticas
y eran sólo melancostálgica música griega
donde nunca pudo entrar la junta de coronelópulos
que salieron como siempre ya se sabe como perros con el rabo como
ya se sabe
algunas camisas también y también una platita que había ahorrado
porque eso sí nunca se sabe en una subdemocracia cuartelera—
después de haber doblado el lomo sobre papeles de escritorio
y desdoblado el cuello para ir de mañanita desde donde desduermo
hasta donde trabajo contracallado y viceversa predormido)
será otra vez sábado inglés y como no soy ácrono

sino adámico postparadisiaco desde el lunes
comenzaré a re-ser el de hace ya siete días quién creyera
que en tu cadera desrecuerde lo que pasó lo que se viene
porque los horarios diarios serán ya cuaternarios
y como nos-me quedan dos botellas de vino café unas manzanas
te seguiré reaprendiendo como si te me hubieras olvidado
yo que te sé de memoria como el agüita
y lamerán de nuevo tu cuerpo mis pestañas

Elegía a uno mismo

La edad se ha vuelto una enfermedad venérea
y casi casi cobardía: años de años
desperdiciados en durar, mucho tiempo bocabajo
sobre la duda, ya gastados los dientes
por los besos y hablar tanto, en los ojos
un asno de frecuente alcohol. De pronto encuentras
que para el último episodio, el único
de este western salvaje y electrónico
en que van a ganar por fin los pielesrojas,
no basta la feroz dignidad de tus testículos
si no estás con todos tus resortes vivos
y no te basta, como antes o a los otros,
ir recogiendo firmas con tu profecía ni el cobarde
heroísmo de los solitarios en viciosas
sesiones de principios, ni te consuela
decirle al corazón que al fin y al cabo
te protesta: Ve tú, músculo voluntario,
vestido de hojarasca, sería broma lo demás:
dirían que me envía el enemigo. Y te quedas,
anacrónico e hijo de vecino,
carajeando a James Bond en tu sillón de ruedas,
con tu hígado malo y tu aspirina
conyugal inútil, y tu decoro
tiene un dolor de cabeza
respetable, urbano, incorruptible.

La visita

(Capítulo de novela)

Llamo a la puerta.

—Quién es, pregunto.

—Yo, contesto.

—Adelante, digo.

Yo entro.

Me veo al que fui hace tiempo.

Me espera el que soy ahora.

No sé cuál de los dos está más viejo.

Sobre la inutilidad de la semiología

Domingo. Tan agosto que me cuesta imaginar que a veces me ha
dolido literal y metafóricamente el corazón.

Estuve tratando de conciliar la semántica con el verano y su cerveza
adyacente

y la gnoseología con la nostalgia de un país donde a esta hora el
mediodía se echa al mar arrastrando adolescentes en racimos,
tratando de comprender por qué «en la relación con la lógica de la
palabra es donde adquiere su valor significante la reunión no
sintética que actúa en el significado poético»*

pero no pude, pese a mis sogas cartesianas:

en el balcón de la
casa de enfrente una muchacha desnuda, hembra hasta abajo,
se ha puesto a mirar desolándose el vecindario de chimeneas y de
antenas, mástiles
sucesivos de un puerto sin mar donde alguien tomara fotografías
despidiéndose,
trata de cerrar las persianas (con la cabeza baja llora rubia bajo el
cabello hasta los hombros)
y puesto que ya pasó el sol, cartero de los domingos por la tarde, y
que nadie recuerda cómo irá a ser de azul el temblor de la brisa
de septiembre,

* Todas las citas de este texto, en Julia Kristeva, *Recherches pour une sémanalyse*, París, col. "Tel Quel", Editions du Seuil, 1969.

pienso que anticipa la noche, antojadiza, ambigua entre la
incontinencia y el desánimo,
porque cuando esto sucede a esta hora y ella está ya desvestida
suele haber adentro un hombre dispuesto a rehacer unavezmentemás
esa historia que más que las otras comenzó en el Génesis
y a probar cada vez que le sea dable los frutos del bien y del mal (he
visto desde aquí también las piernas y el tronco del
conocimiento)
ya sin temor a la fingida curiosidad del Señor con sus preguntas,
el mismo que antes de darle mujer al hombre había dicho del
hombre “No es bueno que esté solo”
(¿y la relación con la lógica de las palabras?),
sin avergonzarse ninguno de los dos de estar desnudos,
más bien orgullosos ambos de la perfección estatuaría de los
cuerpos comunicantes, «la permutación de los dos
significantes por un significado»,
agradecidos de no estar más en el Paraíso, tan aburrido como un
domingo de tarde en las Galápagos,
pero en tal caso no se llora, a menos que se trate de esa frecuente
cópula disyuntiva (donde adquiere su valor significante la
reunión no sintética)
o que no haya nadie esperando que ella vuelva del balcón a la cama
para envaginarse y nadar en mujer en la penumbra
y que pese a sus flancos que me turban de lejos y que, vistos desde
aquí, abren en dos el cielo,
que pese a sus pechos que refrescan —vistos desde aquí parecen
cargados de un zumo de atardecer— sea sola,
interminablemente intermi-tente-men-te sola,

y a causa del crepúsculo, de la cerveza, de otras mujeres donde antes
fue verano
y sobre todo de esta higiénica manía de esperar lo peor objetivo para
esquivar la cobardía, que es sólo el temor a lo imprevisible,
pienso que en este momento ella es la única mujer de la tierra y que
va a matarse dejándonos a todos viudos: al fin y al cabo es
domingo de tarde.
(Yo sé que «la poesía enuncia la simultaneidad, cronológica y espacial,
de lo posible con lo imposible, de lo real con lo ficticio» pero ¿y
la desesperanza
como estructura del poema? ¿y los días que nos quedan,
fonemas de la vida tartamuda?)

Tengo entendido que los suicidas fundan la tiniebla como una
ciudad sin nadie
llegando a ella a tientas con la última marea del aliento,
o sea que tras aguardar toda la vida aún pueden aguantar hasta la
noche, con Dios bajo la axila,
pero si tienen urgencia de sombra cierran las ventanas o buscan en
el sótano, para acostumbrarse, una antesala de la bruma,
deteniéndose un instante en la puerta, espionando su rumor,
casi con miedo,
y comoquiera que caigan en su propia emboscada tarde o temprano
los veremos de espaldas y atónitos como el primer hombre ante
el primer relámpago en la primera noche de la tierra,
o recordando haber olvidado algo que no recuerdan —romper esa
fotografía, hacer reparar el tocadiscos, dar de comer al gato,
buscar un pañuelo limpio para la sangre virgen de esa única

menstruación novia de la sien, el corazón, la boca—,
o escribiendo la famosa carta que jamás da razones a nuestro
desaforado deseo de aprender para cuando se ofrezca sino
excusas parecidas al arrepentimiento, como si esa voluntad
voluntariosa fuera culpa,
o tal vez asombrados de haberse atrasado tanto en pagar el alquiler de
la vida,
o empezando, premuertos, en un mal cálculo de su propia posdata,
precisamente esa carta: “No te culpo, no es por rencor. Quisiera
decirte que lo único”
(y lo único viene a ser esa lágrima única húmeda huella digital al pie
de los dos renglones del inacabado telegrama)
y parecen reflexionar eternamente lúcidos, demasíadamente póstumos,
en la existencia malbaratada, hecha de cocina y marido, hecha de
montañas de días que se pueden deshacer de un puntapié como
cuando en la cresta de la ola del deseo una mujer dice: “Ahora
no, mejor no, mejor nunca”,
y uno siente que la playa comienza a hundirse porque le falta ese
grano de arena,
y alguien, ajeno y otro, hubiera decidido poner fin a los todavía, los
cálmate, los no seas loca, los espera.

Claro que si se considera la vida como una de las bellas artes
el suicida tampoco es el mejor crítico de su obra y sería absurdo decir
que la ha dejado a medias,
aunque nadie puede negarle el derecho a buscar el final adecuado
sacándose la muerte del bolsillo: una línea en blanco entre
paréntesis que la primera paletada de tierra cierra,

ni tampoco, aun antes de la búsqueda y del asombro ante el hallazgo, el derecho a decidir en qué página desaparece el personaje que comienza a sentirse sobrante en su propia historia, escoger el momento en que va a encontrarse consigo al final de sí mismo y toparse con un desconocido al fondo del espejo, o como una muchacha que corriera bajo la lluvia para llegar puntual al sitio donde va a caerle el rayo, no importa si entre las piernas o entre los pechos, en lugar de esperar que salga de adentro esa muerte parda que tozudos tercos tenaces testarudos nos vamos fabricando día a día desde el alarido con que nos nació la loba, yéndonos poco a poco del cuerpo, ropa sucia del humor malo de la malasuerte, esa muerte con el desencanto de su gozo rencoroso, a la que se desea por lasciva y se rechaza por obscena, que no se elige ni se busca porque siempre está allí, ganosa con paciencia, el salto de la duración a la nada detenido como en una fotografía en una cama de hospital a donde una amiga ha llevado ya, profecía que acierta a veces, las primeras flores, aunque también nos avergüence a veces seguir vivos como si le hiciéramos trampa a alguien al fondo de nosotros diciéndole que la llegada no justifica el camino.

(Mi hermano, en cambio, cuando dejó de ser músico y librero, decidió seguir siendo ajedrecista y jugó contra su corazón: jaque y mate un domingo de agosto por la tarde.

Al día siguiente me sentí culpable en algún sitio de adentro, como cada vez que vuelve a suceder, aunque con distinto parentesco.

¿No es, pregunto cada vez y me pregunto, fatuidad pura creernos
necesarios o por lo menos útiles en el instante ya totalmente
desvencijado,
puesto que tras el último trago de coñac y el cigarrillo que se ofrece
para prolongarse un milímetro la vida,
el condenado no busca a nadie, no llama al teléfono a nadie, no
trata de arrastrar a nadie, por vez primera libre, ni de aferrarse
a nadie para resucitar, momia honesta).

Y a todo esto, en dónde he estado yo y para qué cuando no me
quedaba sino un esqueleto de alma.
¿Yo? Fui dos veces ya sin querer y nadie me esperaba: el río era el
mismo, yo era el mismo y no hubo barca, no toqué la otra
orilla de esos algodones tibios y ese suero,
y esa breve experiencia de natación feroz contra la corriente me hizo
reflexionar en las buenas maneras o sea regresar a despedirme
de los demás y me quedé en esta orilla,
con una desabrida saliva de resucitado,
con los oídos apretados entre muslos de sueño,
porque la vez pasada fue más bien el espanto de dejarme esperándome
sin venir a encontrarme y me desencontrara con mi cadáver
junto a las medias de colegiala y el uniforme de almidón de la
enfermera.

Pienso entonces en mis naufragos a la deriva que flotan, cosa rara,
una tarde de agosto.

(Aclaro que de esto hace mucho, mucho tiempo,
cuando en América era posible morir, verbo reflexivo, antes de que
se muriera así, tan transitivamente,

antes de que la muerte entrara anunciándose con coces de soldado.
Aclaro también que no soy un soplón de sus aduaneros —¿y era eso
entrar de contrabando en ella?— ni un tallador de lápidas para
poner nombres bajo el retrato, además no hay más
retrato que el que guardo en el lado de adentro de los ojos,
y en cuanto a las mujeres siempre fue como un rechazo tras una
declaración de amor
y eso no se cuenta por amor y amor propio).

Pero las persianas siguen cerradas. Recuerdo ahora a los bomberos
rompiendo una ventana donde no había fuego sino lo que
quedaba de un muchacho tras haberse quitado con el sabor
dulzón de la pólvora el de un beso certeramente último.
Quisiera entonces cruzar el patio, llegar antes que el disparo, el
borbotón de sangre, el sueño falso,
subir de piso en piso en piso en piso en piso, llamar a gritos de puerta
en puerta en puerta hasta su puerta,
decirle, por ejemplo, que uno puede convivir con la enfermedad,
hermana neurótica con la que se conversa cuando se han ido
las visitas,
que ya nos arreglaremos con su aborto, si es por eso, o para pagar las
deudas contraídas cuando—porque le dijeron que la amaban,
que ahora ya no hay tiempo para eso, que ya llegará el día o que no
importa mucho, que ya no se usa.

Tal es mi manera de rezar y de creer en el milagro. Y he aquí que
sucede:

ella

abre las persianas, más desnuda que antes con su calzoncito de celeste
espuma,
me alegra que esté viva, que haya cruzado sus propios límites y las
fronteras del amante,
sabiendo que no parirá forzosamente o que puede parir sin dolor,
y él sabiendo que por la ella de cada uno vale la pena ganar el pan con
el sudor de la frente y hasta agradecido,
aunque dado el barrio, el tipo de construcción, el impuesto de
inquilinato, los gastos de condominio,
tal vez se trata más bien de alguien que jamás sudó para ganar su
automóvil, su champagne, su departamento y el departamento de
ella, joven fulgor que en el atardecer él acapara y atraviesa.
Deduzco entonces, como dicen en mi país de la cárcel y de las leyes,
que las maldiciones del Señor son sólo para los pobres
y de mis profundas reflexiones sobre la muerte autónoma y otros
conexos actos sacramentales
sólo quedan la ceniza y las colillas en el cenicero y en el suelo,
estos papeles que por vanidad o por pereza no son «ceniza mas
tendrán sentido»,* son basura mas no por eso menos ciertos,
y «la incompatibilidad de los dos términos de la negación», «el juego
dialéctico del lenguaje», «los significantes no sintéticos»,
etcétera, de Julia Kristeva.

(Verano. Domingo. Se diría que la vida vale la pena. Dicen. Digo.
Creo.

* De "Amor más allá de la muerte", soneto de Francisco de Quevedo.

Menos mal que seguirá intacta mañana al aire libre de agosto
aunque alguien, quizás yo mismo, pueda morir hoy sin que me haya
enterado previamente).